

Miradas convergentes sobre la ciudad en *Los Peor* de Fernando Contreras

María Enríquez

Universidad François Rabelais — Tours-Francia

Grupos de Investigación CIREMIA (Tours) / CRICCAL (París)

La segunda novela de Fernando Contreras, a raíz de su publicación en 1995, tuvo un éxito inmediato y unánime¹. ¿Cómo explicar el entusiasmo de los lectores y de la crítica por una ficción cuya historia se desarrolla en los bajos fondos de San José: la Zona Roja, “lo peor” de la ciudad —y cuyos personajes pertenecen a un sector de la población que representa de cierto modo “lo peor” de la sociedad costarricense? Quizás simplemente porque este joven escritor, gracias a su manera singular de presentar a los personajes y el mundo en el que viven, con una perspectiva personal y algo diferente de la de sus contemporáneos², nos propone una visión de los problemas que se plantean hoy en día a la sociedad costarricense. Esta nueva mirada se nutre de la experiencia personal hecha de deambulaciones por la capital, de encuentros, de la aprehensión de la realidad urbana y de los recuerdos del abuelo³. Todo esto proporciona el material para crear un texto rico

1. Los numerosos artículos que salieron en los periódicos costarricenses en ese momento, así como los que se escribieron con motivo de la publicación de la primera obra titulada *Única mirando al mar* (1993), subrayan el talento del escritor y el carácter novedoso no sólo de la temática sino también de la escritura. Este éxito fue reconocido oficialmente con la atribución del premio nacional Aquileo J. Echeverría de 1995.
2. La singularidad de la obra de F. Contreras viene subrayada en la historia literaria escrita por Margarita Rojas y Flora Ovarés, *100 años de literatura costarricense* (San José: Ediciones Farben, 1995) 241.
3. En una entrevista hecha para *Áncora, suplemento cultural de La Nación* (San José, Costa Rica, 17 de marzo de 1996), el autor evoca las diferentes fuentes de inspiración, entre las cuales figuran los relatos de su abuelo.

del que se puede sacar un sinnúmero de interpretaciones. Sin embargo, en el espacio de este artículo sólo evocaremos un aspecto particular, pero que no deja de ser uno de los más importantes.

La noción de mirada en su doble acepción de percepción y de interpretación recorre toda la novela en un descubrimiento progresivo de la realidad urbana, según dos ejes espacio-temporales entregados simultáneamente: un eje diacrónico y un eje sincrónico.

Y esto, gracias esencialmente a las miradas de tres personajes: un monje loco, un ciego y un niño cíclope. La focalización plural permite abarcar el espacio urbano, a partir de un epicentro: la pensión, un prostíbulo situado en el corazón de San José. El narrador heterodiegético y extradiegético ordena los puntos de vista de los personajes en una red densa de miradas singulares y de miradas convergentes, en cuyo foco se da a ver y a leer toda la riqueza del contenido del discurso.

Miradas singulares

En la pensión emblemática viven los siguientes personajes: un grupo de prostitutas bajo la custodia de doña Elvira, y la familia Los Peor⁴ compuesta de Consuelo, imponente cocinera del establecimiento público, de su marido, reducido al estado vegetativo a raíz de un accidente de trabajo, y de su hermano Jerónimo que llega allí por casualidad tras haber pasado casi toda la vida en los conventos de América Latina. Y además está Polifemo, el niño cíclope de María, una jovencita del campo expulsada de la casa familiar por el padre que no quiere hacerse cargo de la deshonra de su hija. A partir de ese lugar y en compañía esencialmente de estos personajes vamos descubriendo

4. "Peor" es efectivamente el apellido del personaje central de la novela y la forma "Los Peor" está en conformidad con la norma gramatical referente a los nombres patronímicos. No podemos ahora profundizar el análisis onomástico, pero cabe señalar que gracias al procedimiento utilizado por el escritor, Jerónimo Peor aparece como el representante de los excluidos, de los marginados.

la capital en un movimiento constante de alternancia entre este espacio interior y protector y las calles de la capital. Ésta aparece de entrada caracterizada por la bivalencia, la dualidad. En efecto, el anochecer funciona como una frontera temporal que separa y delimita dos mundos bien definidos y distintos. Los actores cambian y también las actividades aunque sigan vinculadas con el comercio: “En el territorio de las sombras, la gente diurna se recoge en sus casas a dormir para que los noctámbulos afloren como reinas de la noche y empiece a funcionar otro orden de las cosas”⁵.

Este mismo ritmo, subrayado por la metáfora vegetal, regla la vida de la pensión. Jerónimo, vestido con su hábito de monje, provisto de pancartas que contienen mensajes sibilinos, recorre la ciudad sin otra meta que la de “andar y desandar las calles” ante la mirada atónita de los transeúntes. Es el único vector capaz de cruzar el espacio temporal y siguiéndolo en sus deambulaciones, el lector descubre a todos los que dan vida al centro de la urbe: los comerciantes, los niños de las calles, los mendigos, las prostitutas y los travestidos, así como toda la masa indiferenciada de trabajadores y consumidores del centro de la ciudad.

Por otra parte, la ambivalencia de San José se transparenta no sólo en la apreciación dada por los personajes y en la relación que mantienen con ella sino también en los juicios del narrador. Ejerce un doble efecto de atracción y de repulsión dando lugar a una valorización o a una fuerte crítica de la ciudad. Así, muy a menudo Jerónimo sale de la pensión movido por una irresistible necesidad de estar en contacto con la calle, de explorar la ciudad.

A partir de la edad de cinco años, Polifemo empieza a observar⁶, con asombro y curiosidad, el mundo que lo rodea a través de los intersticios de las tablas de la vieja casona en la cual vive encerrado.

5. Fernando Contreras, *Los Peor* (San José: Ediciones Farben, 1995) 24. Se seguirá citando de esta edición.

6. La estructura bipolar de la novela se articula a partir del descubrimiento que hace el niño del mundo exterior con la ayuda de un catalejo, prolongamiento del ojo.

Ahora bien, su primera salida en compañía de Jerónimo resulta un fracaso cuando descubre con pavor la realidad de lo que había contemplado a distancia. Pero en cuanto se familiariza con la ciudad, la fascinación que ya experimentó cuando hacía sus observaciones a escondidas irá creciendo y desde entonces recorrer a diario las calles de la capital será una real necesidad. Su mirada de niño es atraída por la luz de los neones, de los semáforos y, claro, de los juguetes presentados en los escaparates o vendidos por los comerciantes ambulantes y los artesanos andinos que transfiguran positivamente con sus puestos la Plaza de la Cultura. En suma, Jerónimo lo mismo que Polifemo pertenecen a la ciudad y forman cuerpo con ella. Por la mediación de su mirada, el narrador presenta escenas en las cuales el lector no deja de percibir las intenciones críticas del autor.

Sin embargo, la que sucumbe totalmente al sortilegio de la ciudad es la joven María, oriunda del campo de Alajuela. En pocas frases, Fernando Contreras esboza el típico retrato de la campesina ingenua subyugada por los escaparates y todos los signos específicos del mundo urbano y entra en la sociedad de consumo del modo más natural. La naturaleza de los objetos que compra: ropa en los almacenes baratos, una televisión, nos informa de su condición social. El narrador toma la precaución, de marcar la distancia concluyendo, por ejemplo, con este tipo de oraciones incisivas: “decía ella”, “hablaba ella”, o con los juicios valorizantes que da la joven mediante adjetivos tales como: “fascinante”, “lindo”, “distinguido”. Procede con la misma mirada crítica cuando evoca sus distracciones favoritas: los bailes y los cines baratos resumiendo así su adaptación total a la ciudad y a su oficio de prostituta.

A pesar de que aparezcan ciertas connotaciones positivas⁷ de la ciudad, sin duda alguna es la connotación negativa la que predomina. El autor acude repetidas veces a la imagen del laberinto para evocar la estructura urbana y eso, casi siempre, en relación con Jerónimo que se pierde en “los laberintos de la ciudad”. A través de unos cuantos

7. Estas connotaciones positivas sólo aparecen a través de la mirada de Polifemo y de su madre.

enunciados entresacados del texto como: “las callejuelas absurdas del embotellamiento arquitectónico”, “redes de calles envueltas”, “una ciudad que en medio de su tribulación se volvía laberíntica”, notamos que la isotopía referida no sólo da cuenta del trastorno mental del protagonista, sino que está ahí para significar la idea de desorden, de confusión en el tejido urbano. Es un universo mineral en el que el color se declina según un camafeo de grises: el gris del cemento, del asfalto, del humo.

El carácter amenazador, lóbrego, hostil para el hombre se nota muy claramente en la tonalidad disfórica de la descripción siguiente:

Tarde por las noches, no todas, atravesaban el centro de una ciudad que ya a cierta hora se escondía tras las cortinas metálicas de los establecimientos comerciales, una ciudad oscura y amenazante porque las cortinas metálicas les daban a las calles la impresión de largos pasillos de una prisión, y más triste en las noches de lluvia, porque en el asfalto aceitoso se reflejaba la luz del alumbrado público y su haz parecía más bien del alma en pena de la ciudad (179).

Las calles son invadidas por los coches y los autobuses responsables de los atascos y de la contaminación. Este problema, muy presente en la capital de referencia (San José), está tratado aquí de modo humorístico, pero no por eso menos crítico, a través de la mirada de Jerónimo y su manera muy personal de explicar el mundo que lo rodea:

le parecían los autos una raza molesta de animales maleficometálicos con exacerbada capacidad para producir ruido y además, con ese aliento fétido que los distanciaba del hálito de la naturaleza (54)⁸.

8. El doctor Evans, el médico de cabecera de la pensión, utiliza también el proceso de animalización, pero en otro plano, cuando pronostica una transformación de los josefinos en elefantes cuya trompa les serviría de filtro (cfr. p. 211). Este juicio se integra en una problemática más amplia respecto a la contaminación debida al uso de pesticidas y de productos agroquímicos que dañan el campo costarricense.

La imagen de los ciudadanos es sobre todo la de una masa humana siempre apresurada, siempre en movimiento, enfrentándose con los peligros del tráfico y de la violencia. La violencia urbana es el hecho de pandillas de jóvenes delincuentes, algunos de ellos hijos de las prostitutas de la pensión donde encuentran un refugio ocasional. Las agresiones lúdicas de las que es víctima Jerónimo al principio de la novela tienen la función de destruir la imagen negativa que se puede tener de esos muchachos despiadados, pero sin negar el aspecto peligroso que existe en la realidad. La violencia es también ésa que ejerce la policía contra los comerciantes ambulantes o las pensionarias de la casona, paradigma de las casas de prostitución populares y por ahí mismo el blanco de la arbitrariedad de la ley.

Por fin, el centro de la ciudad da cobijo a la pobreza con las bandas de niños a quienes grupos organizados obligan a pedir limosna, y los “clásicos” mendigos (si se puede decir así) durmiendo en las aceras. Los borrachos en las cantinas y toda clase de prostitución son la imagen de la humanidad degradada.

No obstante, en este contexto general de degradación y de alienación se trasluce una pequeña nota de optimismo y de esperanza. Jerónimo, el curandero de todos los males, percibe bajo el cimiento y el asfalto la vida natural que está latente bajo la forma de las especies animales menos nobles: hierbas, florecillas, ratas, cucarachas⁹. Además, los parques, semejantes a oasis, constituyen una respiración, un espacio de libertad, donde durante unas horas, los niños desheredados pueden volver a ser niños y dedicarse a los juegos que corresponden a su edad.

Miradas convergentes: el ciego optativo y el ciego de verdad

La dimensión urbana que acabamos de evocar está anclada en el mundo contemporáneo. Ahora hay que considerar el eje diacrónico en

9. Cfr. p. 78. *op. cit.*

el que se inscribe un mundo desaparecido del que quedan algunos vestigios dispersos, pero privados de sentido. Esto sólo es posible gracias al encuentro capital que se produce entre Jerónimo y el ciego don Félix, acompañado de su perro Cristalino. La expresión que emplea el narrador para designar a don Félix: “el clarividente del pretérito” da fe de la facultad que tiene el antiguo vendedor de lotería: hacer vivir de nuevo las imágenes interiorizadas de sus recuerdos. Paradójicamente, nuestro monje sólo puede ver este mundo perdido cuando se vuelve un falso ciego.

Es así como empiezan los paseos, “dando palos de ciego”¹⁰, en el San José de los años 30, componiendo en la economía del texto tiempos de pausa y de respiro.

¿Cómo sacar del olvido la ciudad de antaño? La vuelta al pasado a través de los recuerdos de don Félix, personaje poseedor de la memoria de la ciudad, tiene un carácter mágico. La conjunción de la magia del verbo del ciego, que hace descripciones muy pormenorizadas, con la gran facultad de imaginación del monje, hace resurgir una ciudad de la nada. Don Félix sitúa las calles, las plazas, los monumentos de tal o tal barrio empleando verbos de percepción: “se ve la cúpula”, “se ve la catedral”; de localización: “queda la estación”, “está la gran fábrica de cigarros”; de identificación: “es un edificio largo”; de deícticos: “aquí”; de adjetivos, etc. Estos procedimientos hacen pensar en la descripción de una fotografía. Durante las visitas siguientes, las imágenes se animan como si una película antigua se desarrollara ante nuestros ojos. Los dos personajes de la novela van incluso a introducirse en su propia ficción. Jerónimo saluda a los amigos que le presenta don Félix, asisten a un concierto en el parque Central, a la llegada de Lindberg en el aeropuerto de La Sabana. Al modo de un rompecabezas, pieza tras pieza, el dúo de miradas interiores recompone de manera dinámica el casco antiguo de la ciudad que ha sido

10. El uso en sentido propio de esta expresión que se suele utilizar metafóricamente produce cierto efecto humorístico en el texto.

desfigurado. Las descripciones del viejo San José hechas por don Félix pausadamente, tomándose tiempo, forman un verdadero contraste con el ritmo trepidante de la vida de hoy y evidencian las aberraciones del urbanismo moderno que ha desfigurado la capital.

La ciudad “bifronte, la doble ciudad de San José”, aparece de entrada en el primer encuentro. El ciego cree que está en la Avenida de las Damas, en realidad se trata de la Avenida Isabel la Católica; ve grandes árboles y Jerónimo no los ve tan grandes. Este esquema dual va a repetirse a lo largo de las páginas con una oposición sistemática entre la antigua ciudad y la actual. Ésa que se ve “a ojos cerrados” es calificada de “maravillosa”, mientras que la que se ve “a ojos abiertos” es tachada por Jerónimo de “especialmente fea y sin historia”. La mirada crítica del narrador se funda en criterios estéticos para denunciar la mutilación o las transformaciones sufridas por los monumentos de la capital. Por ejemplo es cuestión del quiosco del parque Central reemplazado por “un cementado mamotreto sin gracia”, o de iglesias desfiguradas, como la iglesia de la Soledad, porque: “el mal gusto clerical había dado en pintarla con colores pastel como de torta de quinceañera con los que venían arruinando las iglesias del país” (69).

San José, al contrario de otras capitales, no ha logrado preservar su patrimonio arquitectural¹¹. Sin duda alguna, el autor, al evocar la ciudad palimpsesto, condena la destrucción de un conjunto urbano armonioso portador de historia porque el interés financiero prevalece sobre la preocupación estética. Lo que es igualmente evocado con nostalgia es la pérdida de un modo de vida en acuerdo con la naturaleza. En la entrada de una calle, antaño pavimentada, bordeada de casas de baharaque, de jardines, ahora una gasolinera ocasiona filas interminables de coches. Los coches antiguos descritos con una ternura ingenua no tenían el carácter agresivo de los de hoy y las gentes mantenían relaciones armoniosas con la naturaleza. En fin, todo el

11. En la ficción esto se nota por ejemplo en el hecho de que Jerónimo sea incapaz de establecer una relación entre las dos ciudades: la del pasado y la del presente.

discurso de don Félix tiende a dibujar una ciudad idílica, como sacada de un cuento, una ciudad encantada. El narrador evoca esta Arcadia perdida con una gran nostalgia y su intención crítica se mide en la distancia subrayada con fuerza entre el mundo fantasmal y la vida urbana moderna. La memoria del ciego que sólo recuerda los rasgos positivos y quizás idealizados, salva la antigua ciudad del olvido, la hace existir el tiempo de una descripción.

Mirar el mundo a tres ojos

La desaparición de don Félix cuando estaba viviendo de nuevo el terremoto de 1924 coincide con la salida de Polifemo de la pensión. La intervención en la escena urbana del niño cíclope va a permitir otro acercamiento de la realidad, o más exactamente va a completar los aspectos ya notados. La utilización del universo mitológico que Jerónimo cree ser real, al integrarlo en la realidad o al confrontarlo con ella, va a permitir que se pueda hablar de esta realidad con una perspectiva original sin caer en un discurso realista estereotipado.

Esto empieza con la educación de Polifemo criado por la familia Los Peor. Jerónimo le enseña lo que él mismo ha aprendido en los libros de los monasterios¹². Entonces, el niño habla el latín, practica el canto gregoriano. Su habla, en desfase con el modo de expresión contemporáneo y con el lugar en el que se mueve, no deja de hacernos reír. Le dice a su mamá, por ejemplo: “Mami, yo no hice nada, te lo juro por las innúmeras razas de los peces...” (95). Uno se imagina el efecto que produce el contraste entre este niño que canta con una voz de soprano un canto gregoriano en los autobuses y sus amigos que entonan rancheras. Jerónimo cumple con su papel de abuelo y le explica el mundo utilizando su saber libresco que se ha detenido en el siglo dieciséis. Su discurso afirma, define las cosas con frases sentenciosas

12. A propósito de las numerosas lecturas que acabaron por trastornar el juicio del antiguo monje, surge como una referencia la figura de don Quijote.

de estilo gnómico: “[...] Ciudad es una multitud de hombres [...]. Las Antípodas se llaman así porque están al lado opuesto de la Ecúmene, por eso los seres que viven ahí son diferentes” (104).

En su interpretación del mundo, Jerónimo acude al mito para explicar los fenómenos extraños tales como las malformaciones humanas o las cosas insólitas¹³. O también la realidad confirma lo que ha leído; Polifemo con su deformación congénita es el ejemplo vivo. Este niño particularmente inteligente, asimila y restituye toda esta enseñanza lo más naturalmente del mundo. Así, su diferencia física es debida simplemente al hecho que los cíclopes son sus tíos. Además, los niños de las calles que se hacen sus amigos quieren ellos también ser cíclopes, lo mismo que quieren ser los nietos de Jerónimo. Pero todo este mundo armonioso en el cuadro bucólico que le prepara el monje, imaginando su actividad futura: pastor en su jardín como los otros cíclopes, va a derrumbarse cuando el niño descubre el mundo exterior. Lo que Polifemo ve a través de la valla pone en tela de juicio la correspondencia entre la enseñanza que ha recibido y la realidad. El niño, desde su “monócula visión”, aprende a mirar la calle y no vacila en refutar las explicaciones de su mentor¹⁴. La pregunta casi irrespetuosa que le hace: “¿Qué has fumado?”, marca la distancia que adopta el niño y que corre pareja con su adaptación muy rápida y su emancipación al contacto de los niños de las calles.

Polifemo se inmerge en un mundo con el que Jerónimo se co-deaba sin tener realmente conciencia de su existencia:

13. Tenemos explicaciones bastante sorprendentes respecto, por ejemplo, a los travestidos, vistos por Jerónimo como hermafroditas. Otras explicaciones relativas a las malformaciones físicas aparecen en las páginas 105, 106, 135, 195.

14. Con esta confrontación entre el mundo de la ficción mítica y la realidad ficcional observada por el niño y el autor, sin ninguna pesadez didáctica, muestra los peligros muy reales de San José. He aquí un ejemplo: “—Esta es la calle ocho, Polifemo. He escuchado decir que aquí matan a un chanco a pellizcos, lo cual del todo no es de extrañar pues según tengo entendido, el tirano de Siracusa lo hacía de esa manera...”. “—¿Jerónimo, lo que he oído es que aquí le roban a uno los calzoncillos sin quitarle los pantalones!” (171).

La percepción adormilada de la calle que Jerónimo había manejado siempre, estaba cambiando en una dirección que parecía urdirse espontáneamente; después de andar como un sonámbulo sin otro objetivo que el de andar y andar, el Peor abuelo comprendía lentamente que la calle era más que nada el escenario de la miseria, las injusticias y sobre todo, de las desigualdades (186).

Integrado a este grupo de niños y desempeñando su papel de abuelo, el antiguo monje lleva al lector al descubrimiento de su vida miserable, ésa que les obliga a pedir limosna, entregados a la droga y viviendo en casas insalubres, a veces destruidas, con lo cual se encuentran sin cobijo. Jerónimo comenta con su hermana la suerte de esos “chapulines”¹⁵ tratados como insectos dañinos. Habla de las dificultades, de los peligros, con los que tienen que enfrentarse: robos, tráfico de órganos y otras agresiones. El lector contemporáneo no ignora nada de todo eso, pero aquí la originalidad radica en el hecho de que este mundo marginal y pavoroso es presentado desde el interior a través del punto de vista de los niños y de los mayores que viven en este medio. Y la mirada que tiene el narrador es una mirada hecha de simpatía, de comprensión y de ternura. Tomamos por prueba de ello la variedad de escenas de la calle, la evocación de las condiciones de vida y las anécdotas de las prostitutas en las que el humor carnavalesco raya en lo picaresco.

Si el mito explica lo real, lo real puede engendrar mitos. Eso lo vemos especialmente en la evocación del San José del ciego, verdadero paraíso perdido, y también en la presentación del mundo de los marginales. De este universo, fascinante e inquietante, se habla en general con connotaciones negativas y en particular en cierto tipo de periódicos propensos a emplear imágenes estereotipadas. En esta

15. Este término empleado para designar a los jóvenes delincuentes apareció en la prensa a partir de 1993. De modo metafórico se refiere así a su estrategia de agresión.

novela, el mito, utilizado en muchas formas, sirve para cuestionar la realidad, permite evocar problemas a los que la sociedad se ve enfrentada sin caer en el didactismo.

A modo de conclusión diremos que los dos temas que el autor anunciaba en la dedicatoria y en el epígrafe, respectivamente: la Calle (en su sentido arquetipal) y la diferencia, dos polos de la realidad urbana, son efectivamente el blanco de estas miradas convergentes que dibujan una ciudad revisitada, recreada en diferentes grados por la ficción. Nos invitan a ver de otra manera el mundo contemporáneo, porque Polifemo, personaje alegórico y al mismo tiempo muy anclado en la realidad, es un “signo de nuestros tiempos”. La estructura cerrada de la novela¹⁶ podría denotar una falta de optimismo, pero no hay que olvidar la metamorfosis final del niño que acaba de morir en un árbol —y en la que Jerónimo quiere creer de muy buena gana—, un árbol plantado en la ciudad, en el jardín del hospital, dando a la avenida principal. Este rasgo, cada vez más mítico, puede leerse como el signo de una posible reconciliación entre el hombre, la naturaleza y el mundo urbano como lo sugieren estas frases:

—Como la ninfa Dafné, convertida en laurel por la gracia de los Dioses, niño, te has transformado en limonero para honra infinita de este noble fruto que fomenta la vida...—

—Dijo mientras lo plantaba en un sitio más bien esquinero del jardín del Hospital de Niños, un sitio con vista a la avenida, con sus autos y su gente (240).

16. El espacio temporal de la novela corresponde de cierto modo a la duración de la vida de Jerónimo, ya que la ficción empieza así: “Jerónimo Peor no tuvo ningún reparo en nacer. En un íntimo arrebató nació y punto”, y termina de la manera siguiente: “Jerónimo Peor no tuvo ningún reparo en morir; en un íntimo arrebató murió y punto”.